

SM
C^a2
127

SERMON MORAL,

QUE

CONCLUYENDO LA CUARESMA PREDICADA
ESTE AÑO DE 1849,

EN LA

PARROQUIAL IGLESIA DE SANTA MARIA

DE LA

CIUDAD DE MAHON DE LA ISLA DE MENORCA,

DIJO

EL R.^{DO} P. PREDICADOR F.^R G. O.

RELIGIOSO EXCLAUSTRADO DE LA REGULAR OBSERVANCIA
DE SAN FRANCISCO DEL EXTINGUIDO CONVENTO DE JESUS
DE LA MISMA CIUDAD; EL DIA 9 DE ABRIL,
LUNES DE PASCUA DE RESURRECCION.



1036748

SM C*2 127



12.41.826

MAHON:

IMPRESA DE D. G. IGNACIO SERRA.
1849.

SERMON MORAL.

QUE

CONCLUYENDO LA CUARESMA PREDICADA
ESTE AÑO DE 1849.

EN LA

PARRROQUIA IGLESIA DE SANTA MARIA

DE LA

CUIDAD DE MAHON DE LA ISLA DE MENORCA,

DILLO

EL R. P. PREDICADOR F. C. O.

RELIGIOSO EXCLAUSTRADO DE LA REGULAR OBSERVANCIA
DE SAN FRANCISCO DEL EXTINGUIDO CONVENTO DE JESUS
DE LA MISMA CIUDAD; EL DIA 9 DE ABRIL,
LUNES DE PASCUA DE RESURRECCION.



MAHON:

IMPRESA DE D. G. IGNACIO SERRA.

1849.

3

Et ipse evanuit ex oculis eorum. Lucae cap. 24 vers. 31.
Y él desapareció de su vista. San Lucas Capitulo 24
versículo 31.

Ha llegado, ciudad cristiana, el santo día, en que concluyendo mi misión, dejaré de mortificar vuestros oídos con ideas desagradables, y de deprimir las furiosas pasiones de vuestros corazones con reflexiones, que á pesar de ser verdaderas, se oponen á los usos y costumbres mundanos. La destruccion del desenfreno y errores, que deshonorando en vida á los profesores de la religion catolica, preparan á sus almas una eternidad desgraciada, fué lo que se propuso el Espiritu Santo, que sin embargo de mis cortos talentos, me envió á explicaros la ley evangelica, que confirmó Jesu-Christo muriendo en la Cruz. Si el temor ó respeto humano me hubiese sido obstáculo para inspiraros amor á las virtudes y aversion á los vicios, seria en el valle de Josafat un juez terrible que castigaria mis omisiones, sin misericordia. Pero, si vosotros habeis omitido, sin verdadero motivo, escuchar la sagrada palabra, ó la habeis oído con indiferencia, y persistis en las mismas preocupaciones, experimentaréis la hora menos pensada, las justas venganzas.

Mas desgraciados que los dos discípulos de que nos habla hoy el Evangelista San Lucas, á los cuales se unió el Salvador resucitado en el camino de Emaús, para fortificarlos en la fé y esperanza; viendo pero que no obstante la claridad con que les explicaba las

figuras y profecías, que se habian cumplido en su muerte, quedaban con las mismas dudas; cuando partiendo el pan le conocieron, despues de haber exclamado: *¡O necios y tardos de corazon, para creer todo lo que los Profetas han dicho!* desapareció de su vista. *Et ipse evannit ex oculis eorum.*

Separacion en gran manera triste para aquellos dos fieles, que aseguraba, segun San Ambrosio, que Jesu-Christo se retiraría de los indociles á sus avisos é ingratos á sus gracias. Este castigo, que despues de los judios han experimentado tantos reynos y provincias, en otro tiempo christianos, debémos temer nosotros, si continuamos como aquellos, en despreciar los preceptos y consejos evangelicos, que en su nombre nos dan los predicadores.

Dediquémonos, amados oyentes, á prevenir la perdida de los bienes y consuelos espirituales que proporciona la Iglesia á los hijos fieles y piadosos, que la honran con la santidad de sus obras y palabras. El desprecio que un crecido numero de los que componen esta ciudad han hecho y hacen de todo lo sagrado y religioso, y de las repetidas advertencias de su Pastor, para satisfacer con mas libertad sus brutales apetitos, cansará cuando menos pensaréis la paciencia del Señor; y como asegura San Agustin, recompensará con la severidad del castigo la tardanza que tiene en castigar.

Deseoso, en este último dia, de despertar á los que descansan tranquilos en las sombras de la muerte, y preservaros de la desgraciada suerte, que despues del antiguo Israel, lloran hoy otras naciones, porque rehusaron conocer el tiempo de su visitacion; os demostraré primeramente las causas que precisaron al Todopo-

deroso á separarse de Jerusalem y de su antiguo pueblo; y en segundo lugar lo que debémos temer nosotros, si continuamos como aquel, en despreciar sus gracias y avisos. Dos ideas, que partiendo el presente discurso, formarán la última materia de mi mision. Necesito, para explicarme, de los auxilios de la gracia: pidamosla por intercesion de la Santisima Virgen. AVE MARIA.

Et ipse evanuit ex oculis eorum. Lucæ cap. 24 vers. 31. Y él desapareció de su vista. San Lucas capitulo 24 versiculo 31.

Dios, no se propuso otro fin mandando á Abraham salir de la Caldea, dejar la amable compañía de sus parientes y amigos y pasar á la Palestina; que formar de él una nacion santa, que consagrada á su culto adorase al Mesias Salvador, antes de venir á redimir al mundo. Y ¿que hizo para preservarlo de la idolatría y demas excesos que entonces degradaban al género humano? Le dictó las reglas que precisamente debian seguir él y su posteridad, tanto para obligar su amor, como para conseguir las bendiciones temporales y eternas, que le prometió. Aumentandose prodigiosamente su descendencia, se formó de ella una monarquía fiel, y la infidelidad de su primer soberano Saúl, obligó al Señor, temeroso que esta no desmoralizase á su nacion elegida, á colocar la corona sobre la cabeza de David, para que la gobernase y reparase las ruínas de su antecesor.

Encargado este monarca de fabricar la ciudad de Jerusalem, y su hijo y sucesor Salomon el santo templo,

son imponderables las promesas que les hizo Dios, agradecido de ver concluida la maravilla de la Asia. „Hé elegído, exclama, aquel lugar sagrado para mi habitacion, y estaré siempre atento á vuestras plegarias. Por difícil que parezca lo que pediréis, os será otorgado.” Promesas singulares, que mientras fuéron fieles se cumplieron. Los terribles castigos que experimentaron entonces las naciones incircuncisas, detuvieron la ambicion del mas insigne de los conquistadores. El gran Alexandro, que en el sitio de Tiro habia prometido á los Samaritanos cismaticos, destruir Jerusalem y su santo templo, por haberse denegado los judios á darle los utensilios que pedia: entrando á esta capital y descubriendo Jacdo con sus insignias pontificales, lejos de cumplir lo que habia prometido á los magistrados de Samaria, se arrodilló á los pies del gran Pontifice y lo adoró. ¡Que digo lo adoró! concedió á la nacion santa los privilegios y demas gracias de que antes Dario emperador de Babilonia la habia desposeído. ¿Y que precisó al invencible Alexandro, bajo cuyo imperio se sujetó el mundo entero, á beneficiar Jerusalem, habiendo prometido destruirla? No las persuasiones de Jacdo; pero si un angel que vió á su lado, que teniendo una espada en la mano le dijo: que si reusaba otorgar al Sumo Sacerdote lo que pedia, le quitaría la vida. Con estos y otros prodigios manifestó el Señor el singular amor que tenia á Jerusalem y á sus habitantes. Mas, ¿porque despues se separó de ella y abandonó su pueblo á la barbara disposicion de naciones idolatras? La ingratitud, la ceguedad y dureza fué la causa de eso. Si: la primera causa de la ruina de Jerusalem y de la reprobacion de los judios fué la ingratitud á los fa-

vores é inspiraciones divinas. Dios habia elegido aquel pueblo, para que con la santidad de sus costumbres enseñase á las demas naciones la santidad del único ser eterno, que adoraban y servian. Todas las leyes, preceptos y avisos que les dió, no se dirigian á otra cosa, que á ilustrar sus espíritus, reprimir las pasiones de sus corazones, y obligarles á una practica no interrumpida de obras santas y propias de criaturas racionales. Las ventajosas promesas que habia hecho á Abraham, Isaac y Jacob, no tenian otro fin, que atraerlos á ser fieles. Las plagas, ó castigos con que afligió á Aménofis (tercero entre los reyes pastores que gobernaron Egipto) el cual olvidado del derecho de gentes los habia esclavizado, para precisarlo á darles libertad; los prodigios que obró en su favor hasta introducirlos á Canaan, dividiendo el mar bermejo, destruyendo á sus contrarios, alimentandolos cuarenta años con el delicioso maná, arruinando, con el sencillo sonido de las trompetas, los soberbios muros de Gericó, y demas maravillas que patentizaban el grande amor que les profesaba; les imponia la indispensable obligacion de corresponder fielmente á los beneficios recibidos, y cumplir los preceptos de la ley promulgada por Moises.

Pero lejos de sacrificar sus corazones y voluntad á su Criador y defensor, empezaron á seguir los errados dictámenes de sus pasiones, prefiriendo la mentira á la verdad. A medida que aumentaban en poder y riqueza, crecian sus ingratitudes y maldades: por manera que no tardaron á ofrecer á las deidades fabulosas los sacrificios y adoraciones debidas al Criador verdadero, visible é invisible. Los diferentes Profetas (que entonces eran los predicadores) enviados por el Señor, de-

seoso de su conversion, si se oponian á sus falsas ideas y corrompidas costumbres, no solo eran ridiculizados en razon de sus santas doctrinas, si que tambien eran perseguidos como enemigos de la publica tranquilidad; y se veian obligados á huir á los desiertos, para evitar el mas cruel martirio.

Estaban convencidos por una constante experiencia, que los auxilios que en las opresiones pedian á las naciones idolatras, lejos de proporcionarles alivio, aumentaban sus desgracias; y que solamente del cielo conseguian la fortaleza, para destruir en un momento lo que sus contrarios habian fabricado en muchos años; pero, no por eso variaron los sentimientos. En vano les hablaba el Señor: mas atentos á falsos oraculos, que favorecian su altivez, que á quien les habia siempre defendido y salvado, llegaron á desestimar sus ofrecimientos. ¿Que ingratitud puede imaginarse, mas digna de castigo que la de aquella pervertida nacion? ¿que insultos mas escandalosos se podian hacer al Omnipotente? Con todo, no dejó el Eterno Padre de procurar su conversion. Llegada la plenitud del tiempo, é interesado á separarlos de los errores, que miraban como virtudes, envió su ungenito Hijo, segun habia prometido. ¿Y que hicieron? Unieron á la ingratitud la ceguedad, y rehusaron, como dice San Juan, (1) reconocerlo por su deseado Mesías: *in propria venit, et sui eum non receperunt*. Segunda causa de su reprobacion.

En efecto: llenos de ideas vanas y ambiciosas esperaban un Mesias conforme las pasiones de sus corrompidos corazones. Y eso era, á pesar de tener en su poder los libros sagrados, que contenian las profecias y figuras, con las cuales se habia Dios dignado señalar,

muchos años hacia, el tiempo y lugar en que habia de nacer el Salvador. A mas de que, segun la tradicion, Balaam Profeta del Rey Balach habia dicho, pasaba de dos mil años antes, que luego que naceria el verdadero Rey de los Judios, aparecería una nueva estrella en el firmamento: é instruidos de ello los Reyes de Arabia, Persia y Media, apenas la descubrieron, que abandonaron sus estados y familias, habiendose puesto en camino, sin saber á donde se dirigian: siendo de notar que en el mismo momento que aquellos Monarcas emprenden tan penoso viage, á fin de firmar la mas estrecha alianza con el nuevo Principe, los judios se armaron para derramar su sangre, antes del tiempo señalado por el Profeta Daniel.

Aplicando á su primera venida los oraculos y figuras que se cumplirán en la segunda, no en Belen, sino en el valle de Josafát, en confusion de los enemigos del Redentor y profanadores de su sagrado Evangelio; concluyeron que el que los monarcas del Oriente habian encontrado y adorado, no podia ser el vencedor prometido por Isaías: porque, viniendo tan miserable, jamas podia sujetar y conquistar todas las naciones. Y esta es la prueba de su ceguedad.

Y á la verdad, dice San Agustin: si hubiesen leído y confrontado las profecías, con los prodigios que entonces se obraron en Belen, habrian descubierto facilmente que el que reusaban reconocer á causa de su miserable nacimiento, era el que desde Abrahan habian deseado ver todos los Patriarcas; y de quien con tanta elocuencia habian hablado los Profetas: y que los reynos que venia á conquistar eran sus corazones y voluntades. Pero llenos de vanidad y ambicion, esperaban

un Mesias poderoso, rico y enemigo de la justicia y caridad.

Esta ceguedad espantosa que ofendió al Eterno Padre, se hizo mas digna de castigo en la predicacion del divino Hijo. La multitud de milagros con que manifestó su poder infinito, obligó la creencia de Samaria, Tiro, Sidon y demas provincias que atravesó en el discurso de su mision, no permitieron dudar que era su Salvador; pero lejos de variar de opinion, inventaron toda suerte de imposturas y calumnias, para irritar contra él aquellos que le seguian; hasta asegurar que los prodigios, que obraba, eran por virtud de los espíritus infernales: al paso de ser tan evidente que solo podia hacerlos un Dios hombre.

La sola resurreccion de Lazaro, que sepultado desde cuatro dias estaba ya en corrupcion su cadaver, era suficiente para convencer mil mundos de que la virtud divina residia en Jesu-Christo. Pero apenas este portentoso se divulgó, que los Doctores y Pontifices se reunieron y exclamaron en su sinagoga: ¿Que hacemos? Este hombre, con su predicacion y milagros alborota todos los pueblos: si disimulamos, creerán todos en él: vendrán los Romanos, ofendidos de esta tolerancia, y arruinarán nuestra ciudad y nacion. Á cuyas palabras respondió el Pontifice Caifás: os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca: *quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.* (2) Y agregando á la ceguedad la dureza, no olvidaron medio alguno, para que fuese condenado á una muerte cruel y afrentosa aquel, que siempre les habia favorecido y queria salvarlos.

Resolucion tan cruel como injusta, que apresurando

las divinas venganzas, endureció sus corazones. Todas las criaturas, dice San Gregorio, lloraron un atentado que ha inmortalizado entre los racionales, la dureza de sus autores. El sol retiró su luz, para no presenciario, y las mismas piedras se hicieron pedazos de puro sentimiento, luego que Jesu-Christo consumó su sacrificio en la Cruz: solamente los judios, mas endurecidos que las piedras, publicaban con extremado placer, que habian logrado la dicha de destruir al mayor enemigo de Dios y profanador de la ley santa. Delito, que agotó la misericordia del Señor para aquella perversa nacion, le precisó á separarse de Jerusalem y de su sagrado templo, y no tardaron á verificarse las horrosas calamidades, que reveladas por el Cielo algunos centenares de años antes á Jeremias, las lloró aquel Profeta.

Apenas hubieron satisfecho su implacable furor contra Jesus de Nazaret, que aquel buen Señor, olvidado de sus crueldades é interesado en su salvacion, les otorgó nuevas gracias. Asi fué, que mandó á los Apostoles empezasen su predicacion en Jerusalem, asegurando á sus moradores que el que habian crucificado por delincuente, era el Redentor deseado de todas gentes; el cual habiendo resucitado el tercer dia, como habia prometido, iba á separarse en castigo de su dureza, si no se arrepentian. Mas ellos, persistiendo en su obstinacion, despreciaron dichas gracias, que fuéron las últimas; pues empezaron ya á experimentar que el cielo, que hasta entonces les habia favorecido, quedaba cerrado á las suplicas.

El santo templo, que el Señor se habia hecho propio con tanta satisfaccion, y en donde encontraban con-

suelo en sus mayores tribulaciones, quedó desocupado. Los angeles, que en su dedicacion fueron encargados de guardarlo, exclamaron: "salgamos de este lugar abominable, que nuestro Criador ha reprobado." Es verdad que estos y otros espantosos sucesos que se observaron en el sagrado recinto, fuéron unicamente patentes á los Rabinos, quienes, por no desesperar al pueblo, los ocultaban. Con todo, no dejó el Señor (para que todos los judios fuesen inescusables) de manifestar su justo sentimiento con otros hechos; pero lejos de arrepentirse de las crueldades ejecutadas contra su Salvador, mas se endurecieron.

Cuatro años antes de rebelarse contra los Romanos, refiere el insigne historiador Josefo, que empezó á correr por las calles y plazas de Jerusalem un pobre labrador llamado *Jesus*, hijo de Anano gritando sin cesar dia y noche: *Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalem, y contra el templo, voz contra maridos y mugeres, voz contra todo este pueblo.* Nadie podia hacerle callar. Fué preso, y Albino Gobernador de los Romanos, á instancia de los Pontífices y judios principales, le hizo atormentar, como esclavo, con azotes y uñas de hierro; mas él, ni lloró, ni se quejó. Solo á cada golpe que descargaban sobre su inocente cuerpo, con voz flaca y lastimosa decia: *¡Ay, ay de Jerusalem!* Á pesar de un castigo tan riguroso, viendose libre de la tirania farisaica, no salió de la ciudad deicída, sino que continuó con su triste presagio. Gritaba mas los dias de fiesta: ni descansaba, ni se debilitaba su voz. Luego que la ciudad fué sitiada, anduvo por los muros clamando: *¡Ay de la ciudad! ¡ay del templo! ¡ay del pueblo!* Siete años y cinco meses

duraron tan extraordinarios lamentos, hasta que en fin añadió una vez: *Ay de mí mismo!* Y al instante una piedra arrojada de una maquina le tocó y mató.

¿Que diré ahora de los monstruos feroces que salieron del altar? ¿que de los cometas, que como flechas de fuego caían sobre la ciudad delincuente? ¿que de aquella puerta de bronce, que apenas veinte hombres podian abrir, y se abrió por si sola? ¿que de tantas figuras en otro tiempo tan favorables y satisfactorias á la nacion escogida y entonces tan tristes y horrendas, que los ministros del culto divino se vieron precisados diferentes veces, á exclamar: ¡Templo! ¡templo! ¿que te habemos hecho? Estos y semejantes sucesos, que testigos oculares dejaron notados en sus escritos eran funestos avisos de las calamidades que habian de venir contra Jerusalem, en terminos de no quedar en ella piedra sobre piedra, por no haber reconocido el tiempo de su visitacion; segun lo dijo el hombre Dios llorando, al bajar de la montaña, tan luego como la descubrió: *Et non relinquent in te lapidem super lapidem: eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.* (3)

Pero en lugar de servirse de estos y otros avisos para humillarse y procurarse remedios á los males que amenazaban, en la clemencia de Dios, se ensoberbecieron y endurecieron aun mas. Engañados por falsos profetas, se rebelaron contra los magistrados y Emperador Vespasiano, al cual habian estado sugetos por muchos años, siguiendo en esto la suerte de todo el mundo. ¡Que atentado! ¿Podia darse temeridad mas perjudicial á ellos mismos? Dios, sumamente ofendido de su ingratitude, ceguedad y dureza, despues de haber abandonado Jerusalem y su templo, destinó los Romanos á

castigar las crueldades cometidas contra el Santo de los Santos, principio y fin de toda santidad. Dios fué, quien presidió los consejos de sus contrarios y dirigió sus planes, para que se verificase lo que diferentes Profetas habian dicho: y al mismo tiempo que reanimaba el valor de los sitiadores, endurecía el corazon y aumentaba la presuncion de los sitiados.

Tito, encargado de castigar su rebelion, nada mas deseaba que humillarlos y salvar aquella corte. Por eso, despues de haberla circuído con una alta y fuerte muralla, para obligarlos (espantados del propio peligro) á rendirse; habiendo hecho prisionero á Josefo uno de sus capitanes y ministros, le dió libertad, á fin de que los despreocupase del error en que vivian. ¿Que no hizo este para desengañarlos y ablandar su dureza? Les expuso que su ruina era inevitable, si persistian en resistir, y que no podian lograr su conservacion, sino en la clemencia del Emperador Vespasiano. Salvad, les decia, la ciudad; salvad vuestras esposas é hijos; salvad el templo, maravilla de la Asia, santuario de la religion y adorno de toda la tierra. Pero era llegado el dia de lagrimas inutilles. Lejos de contribuir humildes á los benignos designios de los sitiadores, continuaron obstinados, y Jerusalem fué tratada como criminal, por haber rehusado conocer el tiempo de su visitacion: *eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.*

La variedad de sentimientos dividió sus presumidos moradores, y las armas que hasta entonces habian empleado para defenderse, solo sirviéron para destrozarse unos á otros. La sangre no tardó á regar sus plazas y calles. Los depositos de trigo y demas provisiones, fueron consumidos por el fuego; y la escasez extenuaba

todos los estados, edades y condiciones. Las madres, oprimidas por la hambre, comían sus propios hijos; y los que se veían privados de este recurso, bajaban á los sepulcros, sacaban los corrompidos cadáveres y se alimentaban de ellos, como unico sustento, para evitar la muerte. ¡Ah, christianos! Mi lengua no es capaz, para daros siquiera una idea imperfecta, de la complicacion de males, miserias y crueldades, que precedieron á la entera destruccion de Jerusalem. ¿En que ciudad del mundo se han visto morir un millon y cien mil personas, en el decurso de siete meses de sitio? Y sin embargo esta fué la perdida que sufrieron los judios. Á proporcion que la fé, justicia, piedad y demas virtudes de los ascendientes de Judá elevaron aquella corte al mas sublime grado de grandeza, por el contrario sus descendientes y modernos moradores la abatieron con su ingratitude, ceguera y dureza; cumpliendose el siguiente oraculo del Santo Profeta Jeremías: *Quantum in sublime aucta est, tantum depressa est*. No sé si los ilustrados reformadores del presente siglo, que haciendo ostentacion de sus luces, blasfeman que la Religion Catolica es una invencion de los Pontifices y demas sagrados Ministros, para engañar y esclavizar los pueblos, tendrán valor para negar unos hechos historicos, que patentizan y confirman que ella es la obra mas grande de la sabiduría eterna; y si en su vista, continuarán predicando, como dogmas de fé, los mas escandalosos y perjudiciales errores.

Mas, separémos la atencion de Jerusalem y su glorioso templo material. Fixémos nuestros ojos sobre el pueblo judaico, hasta entonces templo vivo del Dios eterno; y desde su ruina, victima de las divinas venganzas.

Reducidos á mayor abatimiento que el de su capital, lloran en todas partes su ingratitud, ceguedad y dureza; y la fé y piedad estan desterradas del pueblo antiguamente fiel. Echados de la dichosa Canaan, en donde la verdadera creencia habia introducido al grande y virtuoso Abrahan su padre; viven en todas partes, mil setecientos setenta y ocho años hace, sin templo, sin altar, sin sacrificio, sin autoridad: semejantes, dice San Juan Crisostomo, á un cuerpo hecho pedazos, jamás podrán recobrar el reyno que perdieron, dando muerte á su Rey Salvador.

Esta reprobacion de los judios, en gran manera propia, para desengañar los espíritus presumidos, es la que lloran ya muchos reynos y naciones, en otro tiempo christianas, por haber imitado la ceguedad y dureza de aquellos: y es tambien la que debemos temer nosotros, si rehusamos mudar de costumbres y opiniones, continuando en despreciar las doctrinas, que en nombre del Salvador, dan los predicadores; como lo veréis en la

SEGUNDA PARTE.

Si consideramos la paciencia con que el Señor hasta el presente ha sufrido nuestras infidelidades, y confrontamos nuestras obras con su divina ley y promesas que hicimos en nuestra regeneracion, parece imposible que pueda llegar á tratarnos con la misma severidad que á los judios. Pero las historias tanto eclesiasticas, como politicas descubren lo que debemos temer, si continuamos en despreciar sus avisos, é imitamos la presuncion de aquella nacion ingrata. Eso era lo que San Pablo, escribiendo á los Romanos intentaba persuadir

á todos los que formarian la verdadera iglesia, hasta la fin del mundo: *Vide enim bonitatem et severitatem Dei.*

(4) Considerad, decia, la clemencia y justicia del Señor. Siempre será benigno para vosotros, si cumplis su divina voluntad declarada en la ley. Pero, si ingratos á las gracias que habéis recibído, en lugar de hacer penitencia de las faltas cometidas, continuais en ofenderlo, experimentaréis de su justicia, el mismo rigor que los judios.

¿Cuántas naciones lloran inutilmente esta desgracia, por haber despreciado los avisos, que en nombre de Dios, les diéron los Predicadores? ¿y que podemos esperar nosotros, despues que aquellas tierras cultivadas por los Apostoles, cubiertas de fieles adoradores de Jesu-Christo, que no satisfechos de haber renunciado los bienes y recreos del mundo, vivian como angeles, en los desiertos de Tebaida y Nitre, castigando sin haber pecado, sus inocentes cuerpos con toda suerte de penitencias, perdiéron la fé? Despues que aquellas ciudades tan christianas de la Asia, que diéron al mundo y á la Religion tantos prodigios de sabiduría y santidad, se ven ahora pobladas de hombres, que olvidados de su Criador, miran las escandalosas brutalidades, el robo, la embriaguez y demas maldades como virtudes, siendo la principal causa de tanta desgracia la presuncion en la clemencia del Señor; ¿podemos pensar que serémos nosotros mas privilegiados, siguiendo su incredulidad, errores y corrompidas costumbres?

Desgraciados aquellos reynos y pueblos, que teniendo una ley tan santa y justa, cual es el evangelio, que Jesu-Christo rubricó con su sangre, y que nosotros renunciando al mundo, á la carne y al demonio, prome-

timos cumplir; se arreglan á las maximas y doctrinas de los pervertidos, y miran como bueno y honesto todo lo que satisface su desenfrenada concupiscencia. Desgraciados igualmente aquellos, que lejos de aborrecer y llorar los pecados, que por flaqueza ó malicia han cometido, confiados en la benignidad de Dios, aumentan el número de sus injusticias, infidelidades y escandalos. Dice Jesu-Christo, por San Juan, que retirará de tales reynos y pueblos su luz: *movebo candelabrum*. Esto es, que los privará de los consuelos y bienes espirituales y corporales, que siempre ha proporcionado la ley evangelica á los fieles.

La ciudad de Efeso experimentó esta desgracia, luego que sus naturales dejaron de ser caritativos. Esmirna, Filadelfia, Laodicea y las restantes de las siete ciudades iluminadas con la fé, por el Evangelista San Juan, que estaban pobladas de fieles imitadores de Jesu-Christo, hace muchos años que son profanadas por los adoradores de Mahoma. ¿Y cual fué la causa de su ruina espiritual y temporal? El desprecio que hicieron de sus piadosos pastores y de las amenazas de los predicadores, que Dios, empeñado en su conversion, les enviaba: y en castigo de su ingratitude y presuncion, quedaron sin templo, sin ministros, sin sacramentos.

¿Y no son semejantes las desatenciones, que un crecido número de esta ciudad han hecho, durante la cuaresma, á la sagrada palabra de Jesu-Christo? ¿que mudanza ha producido en vuestros corazones y costumbres? Unos, sin otro motivo que la tibieza, ó quizá para satisfacer con menos remordimiento sus brutales apetitos, se han dispensado de venir á oírla. Otros, aunque hayan resistido, se han hecho insensibles á la voz del

Señor; y casi todos, por entretenimiento, y no con el fin de abandonar sus vicios y errores. Cuando me expreso así, no exágero vuestra ingratitud y ceguedad. Ó sinó, indicadme los que hayan renunciado los vicios y ocasiones, con que antes de la cuaresma escandalizaban, satisfaciendo las pasiones de sus corazones ¿En donde están los que se conformen á los preceptos y consejos evangelicos, y acrediten con sus palabras y obras ser fieles discipulos de Jesu-Christo?

No adorais, como los idolatras, las obras de vuestras manos; pero en lugar de hacer para vuestros proximos lo que deseais para vosotros mismos, procurais con vuestras doctrinas, ejemplos, calumnias, intemperancias, libertades, blasfemias y disoluciones, separarlos de su verdadero fin. La modestia, piedad, caridad y demas virtudes christianas, que distinguieron á vuestros padres, han desaparecido de esta ciudad. La usura, la venganza y todos los vicios que deshonoran tanto á la Religion, como al christiano, reynan en todos los estados, condiciones y edades. ¿Que podemos pues esperar, ó por decirlo mejor, que no debémos temer, si continuámos despreciando los avisos del Señor? No ignoro que su paciencia es infinita, y que espera, como dice el Profeta Joél, á los malos para compadecerse de ellos. Mas, así que las maldades de los pueblos lleguen á secar la medida de las gracias y favores que tenia preparados, os repito, segun San Agustin, que recompensa, con la severidad del castigo, la tardanza que tiene en mandarlo.

Me persuado que algunos de aquellos que solo viven para desmoralizar á los demas, y destruir con sus falsedades y escandalos á los que los ministros de la

§§§

divina palabra procuran desengañar, se incomodan en gran manera y hasta se enfurecen, contra todo lo que tiende á estorbar la propagacion de las malas doctrinas; y que otros, menos maliciosos, dicen interiormente: "¿Á que fin semejantes amenazas á una ciudad fiel, que adora y cumple cuanto la iglesia manda?" En cuanto á los primeros, bastame recordarles que mientras los predicadores del evangelio se portan así, no hacen mas que cumplir con su mas estrecho deber, y que antes se ha de obedecer á Dios que complacer á ellos: y en cuanto á los segundos, no ignoro que esta es vuestra profesion, y que todos fuisteis ennoblecidos en el santo bautismo con el nombre de christianos. ¿Y son vuestras costumbres conformes al evangelio? ¿no son antes bien opuestas á las que distinguieron, cincuenta años hace, á los que componian esta ciudad? Precaveos que el mal no aumente, y que las irreligiosas doctrinas, que los discipulos del Obispo de Ipres, distinguidos con el nombre de Jansenistas, ocultamente enseñan para dejar herederos de su impiedad, no produzcan los perjudiciales efectos, que en tantas partes desunen á los que la gracia ha unido.

Padres y madres: vigilad sobre vuestros hijos, y sobre vosotros mismos. Impedid toda comunicacion con aquellos, que si viven en la verdadera Religion, es para deshonorarla con su libertinage y excesos, y arruinar la inocencia y piedad de todos los que tratan. Considerad que Jesu-Christo no os necesita; pero vosotros, sin Jesu-Christo seréis desgraciados en vida y despues de la muerte. Así que, vigilad os repito, trocad vuestro comportamiento en otro mejor; y será vuestra mudanza la que podrá obligar la divina clemencia, y detener

su justicia.

El error mas perjudicial á los judios, fué persuadirse que eran hijos de Abraham, á quien Dios habia prometido que siempre protegería su fiel descendencia. Fué esta ilusion, que aumentando su soberbia, fué causa de su irreparable desgracia, y que muchos que eran christianos sufren, por haber seguido la presuncion de aquellos. Reynos del norte de la Europa: habitantes de Asia y Africa: vosotros soys la prueba mas convincente de esta lastimosa verdad. Llorais la ruina de vuestras iglesias, porque despues de haberlas profanado y saqueado, las entregasteis á las llamas: os veis privados de ministros evangelicos, porque con vuestros insultos, atropellamientos y calumnias hicisteis sospechosa su divina mision. No teneis los consuelos espirituales, que siempre ha proporcionado la iglesia catolica á sus fieles hijos, porque ridiculizasteis sus leyes y misterios.

Vuestra suerte, habitantes de la ciudad de Mahon, no será mas dichosa si continuais haciendo poco caso de las sanas doctrinas de vuestros directores espirituales y demas ministros de la divina palabra, que en nombre de Jesu-Christo vienen á enseñaros el bien que debéis hacer y el mal que debéis evitar, para honrar vuestra profesion. Si en lugar de perfeccionaros en las virtudes, os abandonais á los vicios, el Señor se retirará de vosotros: ¿y adonde iréis á parar sin su luz y proteccion? Podrémos, dicen diferentes sabios, (pero alucinados) vivir del mismo modo que los protestantes, cismaticos y demas naciones, que prefieren las leyes que ellos mismos se han dado, á las que confirmó el Salvador en el Calvario. Las tales naciones, prosiguen dichos



sabios, tienen menos obligaciones, mas comodidades, y prosperan en bienes temporales. ¡Que respuesta tan insensata! No quiero entretenerme, ni me es dado discutir, si las naciones, cuya suerte envidiais, tienen mas riquezas que los verdaderos adoradores de Jesu-Christo. Pero lo que puedo asegurar es, que en una sola isla de las que componen el reyno reconocido por el mas opulento de la Europa, cuya poblacion asciende á seis millones de almas, el año proximo pasado, (segun dicen los escritores públicos) pereció un millon de hambre. No se ha experimentado aun tal calamidad en esta ciudad, á pesar de estar tan paralizado el comercio, y de ser bastante subidas las obligaciones forzosas á que ha de atender. ¡Que respuesta tan insensata, repito, y la mas deshonrosa para hombres que exteriormente se confiesan catolicos! ¡Ah, que ceguedad! Podrian, hasta cierto punto, discurrir de semejante manera, sino tuviesen una alma racional y eterna; si despues de esta vida no hubiese infierno ni gloria; y si como los brutos, destruido el cuerpo, quedase igualmente el alma reducida á la nada.

Pero es de fé, que muriendo el cuerpo, no sucede otro tanto con respecto al alma; y que el dia del juicio todos los descendientes de Adan serán citados en el valle de Josafat, para dar exácta cuenta á Jesu-Christo. Dia espantoso, en que aquel supremo Juez colocará á su siniestra mano todos los que habrán preferido las leyes y opiniones torcidas de los hombres, á su santo Evangelio; y á la derecha, los que habrán sido puntuales á su cumplimiento. ¡Cual será vuestra confusion, en aquel terrible tribunal, encontrando muchos idolatras é infieles, que por su justicia, templanza, prudencia y

desapego, condenarán vuestra desarreglada conducta!

La justicia de un Aristides fiscalizará la codicia de innumerables christianos injustos, que para satisfacer su desordenado apetito de riquezas, habrán reconocido como suplemento de sus imaginarias necesidades, los bienes del proximo. La continencia de un Scipion, condenará los que olvidados de las promesas que hicieron á los pies del altar, contrayendo matrimonio, no procuran otra cosa que engañar á las incautas Tamares. La sabiduría de un Socrates, publicará los errores que enseñan y siguen los reformadores de la moral christiana: ó por decirlo mejor, los emisarios del infierno, que habiendo perdido la fé, piedad y demas virtudes, se ocupan unicamente en pervertir á los piadosos, engañar sencillos, y dejar herederos de su incredulidad. El libertinage de nuestra pérdida juventud será condenado por la modestia de un Caton; y la inocencia de un Epicteto clamará venganza contra los atentados, que los enemigos de la sociedad christiana cometen contra el altar y el trono.

Habrá quizá quien diga que personajes idolatras no deberían ser citados en este lugar, por un ministro del Evangelio::: Pero en tal caso, os digo que es permitido, particularmente cuando se trata de convencer á los pecadores y preservar de la malicia á los sencillos é inocentes. Que deshonor, y que verguenza en aquel terrible dia, cuando el Juez de vivos y muertos, en presencia de tantas naciones, que á pesar de no haber conocido la bondad de la religion catolica y de haber muerto en el error, pero con mas virtudes que vosotros; os dirá: ¿De que han servido las gracias y doctrinas, que en mi nombre os ofrecieron y diéron los ministros del

altar? Llamados por suerte á mi iglesia, conseguisteis el derecho á mi gloria: y estos, nacidos entre infieles, fuéron privados, sin menor merito, de vuestra dicha. No obstante, conducidos por la recta razon, han practicado virtúdes, que confundirán eternamente vuestras brutalidades é injusticias. ¡Que cuenta tan rigurosa habreis de dar de vuestra ceguedad y dureza!

Todos los predicadores de que el Señor se habrá servido, á fin de separaros de los excesos y escandalosas licencias, que con demasiada frecuencia y descaro cometéis, se levantarán contra vosotros, y justificarán el abuso que habréis hecho de sus promesas y amenazas. Todos dirán lo que yo puedo decir en este último dia: Hé venido catorce años, con el Evangelio en la mano, á predicar cuaresma, en esta santa parroquia. Hé empleado mis cortas luces, ó por decirlo mejor, lo que me ha dictado el Espiritu Santo, para iluminar á los que andan en tinieblas, y despertar á los que descansan tranquilos en las sombras de la muerte; y convencerlos á todos de las maldades, que cometen. Pero, Señor: vuestras eternas verdades producidas por mi lengua, quizá ha habído quien las haya reputado por ponderaciones; y los preceptos de vuestra eterna ley, como opuestos al bien de la sociedad, é incompatibles con su delicadeza y costumbres, que la falsa filosofía predica como verdades. Por eso, los imbuidos de tan perniciosos principios, mucho es de temer que rehusarán convertirse; y muriendo impenitentes, serán indignos de vuestra clemencia.

Mas, ¿porque hé de diferir el cumplimiento de las divinas venganzas al juicio final, cuando son tantos los que manifiestan con sus obras, que dudan este articu-

lo de fé? ¿porque hé de exponeros castigos distantes, cuando Dios patentiza diariamente que está sumamente ofendido de nuestra ingratitude y ceguedad, y que en lugar de servirnos de tales avisos nos endurecemos? ¿que podemos esperar? nada mas que perder el reyno de Dios, que heredamos en el santo bautismo, como despues de los judios, lo experimentan tantos reynos y provincias, que á causa de su insensibilidad, no conocen otra bienaventuranza que la temporal. Lo que sucede al presente, señala el desgraciado termino á donde irémos á parar, sino mudamos de sentimientos.

Cuando leo la multitud y complicacion de errores con que los reformadores de la moral christiana han combatido y combaten, desde el siglo quince en la Europa, los misterios y preceptos que la iglesia siempre ha mandado creer y adorar; cuando observo que las naciones, que antes se distinguian por su fé y piedad, miran al sucesor de San Pedro como un enemigo de sus prosperidades, y se valen de los medios mas violentos para privarle de las inmunidades, que desde el Emperador Constantino han gozado; cuando contemplo que no obstante el zelo de los Pios, y Gregorios, que en tan tenebrosos dias han gobernado la ciudad de Dios, siempre van en aumento los atentados y crueldades, comportandose muchos, como si jamas hubiesen conocido á Jesu-Christo, ni á aquel que tiene su autoridad suprema en la tierra; cuando considero tanta aversion á lo sagrado y piadoso, tanto apego á cuanto prohíbe la ley evangelica, y que hasta aquellos que todavia dicen creer lo que ella enseña, no se diferencian, en costumbres y opiniones, de sus perseguidores; ¿no será muy fundado el motivo de temer que la igle-

sia catolica, que el Redentor fundó en el Calvario, despues de haber pasado de Asia á Africa, de Africa á Europa (la mayor parte ahora infiel), abandone algun dia esta isla de Menorca?

Nuestra ingratitud, ceguedad y dureza son tan injuriosas al Señor, como las que consumaron su divina misericordia para los judios. Cuantos hay, que no satisfechos de ridiculizar los Sacramentos, que instituyó Jesu-Christo deseoso de la purificacion de los flacos y delincuentes, y que la Iglesia bajo pena de pecado mortal ordena cumplir todos los años; tratan de fanaticos é ignorantes á los que cumplen? ¿cuantos, que para aquietar los clamores de su culpable conciencia, y satisfacer con mayor desenvoltura las pasiones de su corazon y sentidos de su cuerpo, han omitido asistir á los sermones? ¿cuantos.... pero ¡ah! Ministros del Señor: vosotros tenéis sobrados motivos de llorar la insensibilidad y presuncion de tantos ingratos y sordos á las advertencias de su amorosa madre. Se vé ya cumplido lo que escribia San Pablo á su discipulo Timoteo: »Llegará el tiempo, en que la Esposa del Crucificado se verá rodeada de hombres hinchidos de amor propio, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin aficion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traydores, protervos, orgullosos, y amadores de placeres mas que de Dios." *Erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, &c.* (6)

Si: hombres enemigos de tranquilidad, que calumniarán y perseguirán á todos los que rehusarán creer é imitar sus monstruosos errores y escandaloso liberti-

nage. Hombres, que emplearán toda suerte de medios para desmoralizar inocentes, engañar ignorantes, y pervertir, si posible es, á los verdaderamente piadosos. Hombres, que sublevarán los hijos contra los padres, los hermanos contra los hermanos, y los pueblos contra los soberanos. Hombres, en fin, que aparentando lo que no son, y cubiertos con piel de oveja, despedazarán, á guisa de lobos furiosos, el rebaño del Pastor divino. *Habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem ejus abnegantes.* (7)

¡Que lagrimas deberíamos derramar, viendonos en un punto tan peligroso! pero nuestra ceguedad y dureza nos impiden advertirlo, y prevenir la mayor de las perdidas y la mas deplorable desgracia. Christianos, que formais la ciudad de Mahon: no desprecieis, en este último dia, los avisos de la sabiduria eterna, que deseando eficazmente vuestra salvacion, os dice por el mismo Apostol: Separaos de todos aquellos que prefieren el errado camino de los Asirios, al recto de Israel. Reformad vuestras costumbres, renunciad para siempre lo que ofende la bondad de Dios, y obligaréis á su divina clemencia; ó por decirlo mejor, impediréis que la divina justicia use con vosotros de la misma severidad, que despues de los judios, experimenta la mayor parte de la Europa.

Y porque es facil que no haya sido bastante discreto en mis reflexiones, y que la poca virtud haya impedido vuestra conversion, ú ofendido vuestros oídos, os puedo asegurar que no hé tenido otro fin, que vuestras prosperidades espirituales y temporales, y la gloria de Jesu-Christo, que nos redimió en el duro madero de la Cruz. Por lo que puedo haber faltado ya

en advertir, ya en reprehender, ya tambien en edificar con doctrinas y ejemplos, quedo siempre dispuesto á dar satisfaccion á los que se consideren ofendidos; y os suplico, con toda la efusion de mi corazon, que roguéis por mí, obligandome yo igualmente á no olvidaros jamás, en mis imperfectas oraciones.

En fin, á vos, Jesus mio, recurro humildemente, esperando que vuestra eterna bondad suplirá y perdonará mis faltas y omisiones. Aquí me tenéis, con este auditorio, postrado á vuestros pies. Si: este auditorio, que cuantas veces lo habéis perdonado, otras tantas ha vuelto á pecar; que ha preferido los errores á las verdades eternas, los vicios á las virtudes; y que no ha vivido hasta ahora en vuestra santa religion, sino para deshonorarla y provocar vuestras justas venganzas; confuso de su ingratitud, ceguedad y dureza, y admirado de vuestra paciencia, os hace, en este último dia, la misma supplica que los dos discipulos á quienes aparecisteis resucitado, en el camino de Emaús: Quedaos Señor, quedaos con nosotros, porque ya acaba la luz del dia, y se acercan las obscuridades de la noche. *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.*

NOTAS:

- (1) Jo. cap. 1. vers. 11.
- (2) Joan. cap. 11. vers. 50.
- (3) Luc. cap. 19. vers. 44.
- (4) Epis. ad Rom. cap. 2. vers. 5.
- (5) Apocalip. cap. 2. vers. 5.
- (6) Secun. ad Timot. cap. 3. vers. 2.
- (7) Ibidem vers. 5.

